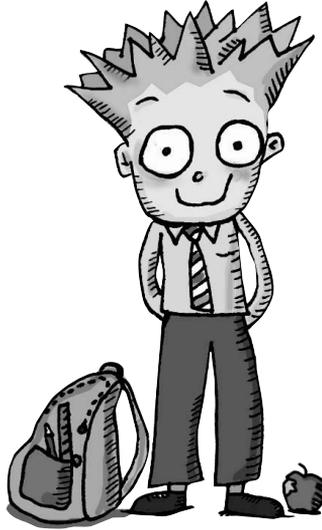


Bartolo



Había una vez un niño que se llamaba Bartolo.

Bartolo iba todos los días —de semana, obviamente— al colegio a jugar a la pelota, a hacer carreras de botes en la acequia, a subirse a las ramas de los árboles, a pillar lagartijas para meterlas en frascos de vidrio, a fabricar aviones de papel, a quemar hormigas con una lupa y, a veces, hasta a estudiar.

Después de días tan agotadores como éste, Bartolo llegaba a su casa todo desastrado y bastante sucio, lo cual a su mamá no le parecía muy bien. Pero esto no le importaba demasiado, porque sabía que si alguna vez llegaba todo impecable y ordenado, su mamá se sorprendería tanto que incluso podría llegar a tener un ataque; y como Bartolo la quería mucho, se preocupaba de andar siempre desarreglado para asegurarle una excelente salud.

Querer es poder

Una noche, Bartolo estaba acostado en su cama mirando el techo mientras pensaba en todas las cosas que le gustaría hacer, y eran tantas que, para poder hacerlas todas, tendría que vivir por lo menos unos mil o dos mil años. Eso, en realidad, era un problema bastante grande porque nadie, que él supiera, había vivido tanto (excepto Matusalén, pero ése no vale, porque en esa época, como recién existía el universo, el tiempo no funcionaba muy bien que digamos; por eso Dios se demoró sólo siete días en hacer el mundo).

De pronto, Bartolo se dio cuenta de que era desatinado estar perdiendo su precioso tiempo en amargarse y decidió comenzar inmediatamente a realizar los proyectos que tenía

en mente. Total, seguramente en el futuro alguien inventaría una pastilla para vivir mucho más que lo normal o, incluso, para siempre. Lo malo es que, así acostado en su cama como estaba, no había muchas cosas que hacer salvo mirar fijamente el techo. Y aquello fue lo que hizo. Fijamente y absolutamente concentrado, sin siquiera parpadear. Aguantó así como siete minutos. Los ojos ya le lloraban de tan irritados que los tenía y como en todo este tiempo había contenido el aire, no pudo más y aspiró tan fuerte que casi se traga la sábana.

Estaba a punto de desilusionarse cuando, de repente, comenzó a abrirse un pequeño agujero en el techo. Poco a poco fue creciendo hasta llegar a ser del porte de la cama. Bartolo podía sentir el aire fresco de la noche en su cara y le parecía que las estrellas se le venían encima. Estaba tan feliz que la emoción se le salía del cuerpo.

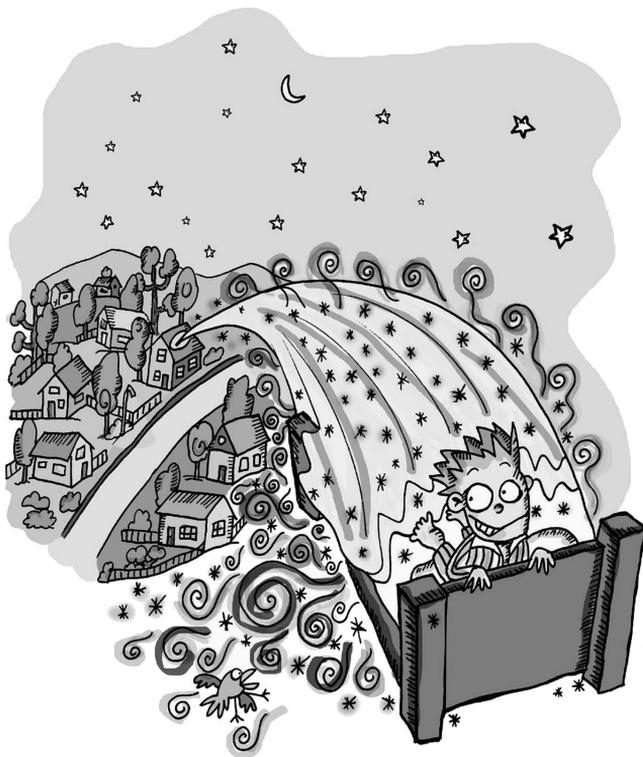
Pero eso no fue todo.

Se divertía mirando el cielo, cuando sintió que las patas de la cama se levantaron del suelo y comenzaron a elevarse lentamente.



Al principio se asustó un poco, pero era tan rico volar dentro de su pieza, que el miedo se le olvidó rápidamente. Entonces la cama decidió subir más y más, hasta llegar al agujero en el techo.

Ahí paró, y se quedó flotando despacio... como preparándose... y de pronto... ¡Zum! Salieron Bartolo y su mueble volador disparados como un cohete al infinito.



Él iba sujetándose lo más fuerte que podía, porque viajaban a tanta velocidad como la de un avión a chorro de la Fuerza Aérea. Miró ha-

cia atrás y vio cómo se alejaba su casa, cada vez más pequeña; y después, era sólo una luz que se confundía con todas las demás de la ciudad.

El aire era cada vez más frío, porque se dirigían directo hacia las montañas. Se sentó encima tapado con el cubrecama y trató de manejarla, pero ella no le hizo ni pizca de caso y siguió su viaje, cada vez más alto, por encima de la cordillera.

De pronto la cama frenó suavemente y fue bajando hasta aterrizar encima de la nieve. Bartolo no podía creer lo que le había pasado: hacía unos cuantos minutos descansaba tranquilamente en su casa y ahora estaba sentado ¡en medio de la cordillera de los Andes!

Tenía ganas de pisar la nieve, pero no se atrevía a bajar de la cama, porque en cualquier momento ella podía salir volando de nuevo por cuenta propia, y él no tenía ninguna intención de quedarse ahí botado. Pero el dichoso mueble volador no se movía ni un centímetro.

Como estaba en las montañas, y encima era de noche, hacía demasiado frío. Por suerte te-

nía dos frazadas bien gruesas. Pero de moverse la cama, nada. Parecía como si se le hubiese acabado el combustible o algo. Bartolo trató de echarle vuelo como a los autos cuando están malos y no quieren andar. Astutamente puso solamente una pierna en el suelo y empujó, pero por más fuerza que hiciera, no pasaba nada, y su pobre pie estaba entero azul de congelado, así que decidió acostarse bien cubierto y esperar un rato.

Y así fue que esperó un rato. Y después otro. Y otro. Ya llevaba como dieciséis ratos y medio cuando se quedó dormido.